

# La relación entre autores y editores

---

*Luis Horacio Heredia\**

**A**ntes de entrar al punto central del tema me gustaría hacer hincapié en el concepto de “editor”, pues de manera regular en nuestra lengua no distinguimos entre éste y el de “corrector”, refiriéndonos con ambos a la persona que lee nuestro texto para señalar errores de puntuación y acentuación sin meterse para nada en asuntos de estilo o en la temática tratada por el autor; sin embargo, en el sentido anglosajón del término, el editor tiene una función mucho más amplia y compleja, pues se habla del profesional editorial que ayuda al escritor a dar forma definitiva a su original, con la capacidad para recomendar cambios, exclusiones o ampliaciones del texto, e incluso sugerir otros títulos al planteado por el autor. Esta aparente pequeña diferencia semántica puede esclarecer en algo el actual trabajo de muchos de los profesionistas editoriales en nuestro país, en este caso concreto de los editores de la Dirección Editorial de la Universidad Veracruzana, ya que su labor no se concreta a la lectura de los originales para enmendar los errores gramaticales y otras inexactitudes, sino que está presente y al tanto del más mínimo detalle durante todo el proceso de producción del libro (desde el manuscrito hasta la impresión final), planteando problemas y soluciones que surgen durante el mismo y estando en contacto permanente con el autor (en este caso específico nos referimos a libros hechos por autores e investigadores vivos; aunque aun en el caso de ciertos autores ya fallecidos también se está en contacto permanente y directo con el heredero de los derechos o bien con el prologuista a cargo de la nueva edición), proponiendo en muchos casos cambios fundamentales para lograr el objetivo de hacer un libro legible para el mayor número de lectores.

---

\*Editor Universidad Veracruzana

De esta manera, creo que podemos percatarnos que una de las funciones principales de los editores, en el término que acabamos de subrayar, es ser el enlace eficaz entre autor y lectores, buscando en primer lugar que quien escribe el libro logre esclarecer términos y conceptos, así como una ordenada clasificación de los temas tratados, otorgándole al texto fluidez y sobriedad; así como buscando también que el libro impreso (texto, gráficas, fotografías, láminas, cuarta de forros y portada) sea una obra impecable y atractiva a los ojos de los lectores potenciales.

Ahora bien, para llegar a este buen puerto que es la aparición del libro impreso el editor debe enfrentar una serie de eventos y trámites burocráticos que muchas veces hacen algo ríspida la relación con el autor, pues en ocasiones para este último no es muy claro el intrincado proceso de edición, formación e impresión por el que tiene que pasar su obra a la hora de presentarlo para su probable publicación en la Dirección General Editorial de nuestra Universidad; enumeró:

\* Una primera lectura en la que se señalan pasajes oscuros, dudas, posibles cambios y sugerencias de estilo, así como la decisión de la colección donde deberá incluirse, de acuerdo con el tema y el público al que se dirige (ficción, ficción breve, biblioteca, textos universitarios o bien fuera de colección); todo ello para discutirlo en primer lugar con el director editorial y en segundo lugar con el autor. Aquí se presentan muchas de las situaciones más difíciles de resolver, pues se trata de hacerle ver al autor las fallas y puntos débiles de su escrito, quien, en la mayoría de las ocasiones, lo siente innecesario pues se sabe conocedor del tema y siente que ha trabajado el tiempo suficiente en la elaboración de su texto. Es por ello que el editor debe exponer sus razones de la manera más clara y contundente, haciendo hincapié en que su tarea no es la de poner trabas al proceso de publicación sino que, al contrario, es la de lograr el objetivo de la aparición del libro pero con la mayor calidad y legibilidad posible.

\* Una vez puestos de acuerdo en los objetivos, el editor se aboca a señalar los primeros cambios y envía el primer borrador a la unidad de formación para darle al texto las características de impresión: tipografía, interlineados, cuerpo de texto, citas, entrecomillados y cursivas.

\* De manera paralela a este proceso el editor debe ocuparse de ponerse en contacto con el diseñador para plantearle el tema del libro y

proponer algunas ideas para la portada; pedir a la persona encargada dentro de la Dirección Editorial el trámite del ISBN (que será la identificación universal del libro); solicitar a la Dirección de Bibliotecas de la Universidad la ficha catalográfica; requerir la tramitación para la licitación de imprentas; elaborar la cuarta de forros; pedir o investigar por su cuenta los datos curriculares del autor; revisar cada una de las pruebas formadas que recibe —revisiones que llevan a nuevas reuniones con el autor donde se discuten y proponen nuevos cambios y ajustes, que van incidiendo en la elaboración final del libro—; así como en muchos casos escribir reseñas de éste para su difusión en los órganos universitarios y en medios impresos de la localidad.

Un punto clave en todo este desarrollo que va del manuscrito al libro, en especial cuando hacemos alusión a libros escritos por investigadores académicos, está en los cuerpos dictaminadores de los institutos de investigación de las universidades —en particular nos referimos al caso de la Universidad Veracruzana—, los cuales están conformados por un grupo de investigadores de probada capacidad y experiencia que tienen a su cargo analizar y realizar críticas a los múltiples trabajos que los miembros del instituto, o académicos pertenecientes a la misma área de estudio, presentan con la idea de publicar. Pero algo sucede con esos cuerpos dictaminadores que tiene a su cargo la función de ser un tamiz de calidad, ya que, en la experiencia de los editores de nuestra Universidad, en múltiples ocasiones estos escritos presentan serias deficiencias, tanto de redacción y sintaxis como de planteamiento del tema a tratar. Es por ello que consideramos que se deben reforzar estos cuerpos dictaminadores para que —antes del paso de entrar al proceso de producción dentro de la Dirección Editorial, que como he señalado supone una compleja relación de discusión e intercambio de puntos de vista (el autor y su obra; el editor y su experiencia como lector profesional)— el escritor pueda discutir sus ideas y planteamientos entre iguales, es decir, con otros investigadores imbuidos en su misma rama de búsqueda, observando fortalezas y debilidades del texto para una presentación de éste ante la editorial en mejores condiciones para ser aprobado y publicado.

Por otra parte, mirando la otra cara de la moneda, debido al propio perfil con el que nació nuestra casa editorial, es decir, como una editorial abierta a las letras universales, la mayoría de los miembros del cuerpo de editores de la Dirección Editorial de la UV están especia-

lizados en el área de letras, pero es obvio que ante los nuevos desafíos de las universidades se plantea el reto de ampliar y dominar otros ámbitos temáticos, poniendo especial énfasis en los trabajos de los investigadores de áreas no humanísticas, tanto de la Universidad Veracruzana como de otras instituciones de estudios superiores del país y del extranjero, buscando la formación y consolidación, en un mediano plazo, de una plantilla de editores especializados en ramas como las matemáticas, la física, la química y ciencias afines, lo que conduciría a un mejor trabajo conjunto entre editores e investigadores de áreas no humanísticas.

Ahora bien, el punto anterior nos lleva a otro tema fundamental: ¿Cómo lograr que un mayor número de investigadores publique sus trabajos, lo mismo en revistas que en libros? Aquí entramos en un punto neurálgico del problema que se viene arrastrando por décadas: la falta de hábitos de lectura y escritura creativa en un gran número de profesionistas en nuestro país, sin hablar de la mayoría del potencial de lectores en general (hay datos que registran que los mexicanos, en promedio, no llegamos a leer ni un libro completo al año), y más si hablamos de egresados de las áreas económico administrativas, ciencias de la salud, biológicas, agrícolas e ingenierías: mi experiencia como profesor del Taller de Lectura y Redacción, dentro del nuevo modelo educativo integral y flexible de la UV, es que la gran mayoría de los estudiantes de estas áreas consideran innecesaria y aburrida la disciplina de la lectura diaria de periódicos (como medios de información y puesta al día de avances y descubrimientos), lo mismo que de la llamada literatura de imaginación (novelas, cuentos, poesía), pues consideran que no sirve a sus propósitos profesionales. Esto, puesto así al desnudo, me parece una verdadera tragedia, ya que este pensamiento casi generalizado de desdén hacia la literatura es una de las principales causas por las que existe un gran desconocimiento, por parte de la mayoría de nuestros profesionistas, de los distintos y profundos matices de nuestra lengua (cayendo, por lo mismo, tantas veces en esa especie de jerga pseudoacadémica donde el léxico es pobre, reiterativo y muchas veces mal empleado, pues se trasladan conceptos del inglés al español sin matiz alguno y sin entender las diferencias semánticas y culturales), así como de la poca oportunidad que se dan para confrontar el pensamiento propio con los distintos puntos de vista que existen

sobre un mismo tema en el mundo. Entonces, ¿cómo podemos aspirar a trabajos de investigación de probada calidad si no existe primero una sólida fortaleza dentro de nuestra formación literaria?

Para esto, es preciso tomar en cuenta que para que un escritor logre la publicación de su obra, sea una novela, un libro de cuentos o de poemas, o bien ensayos humanísticos o de carácter científico, debe presentar su obra ante distintas casas editoriales y probar ante un cuerpo de dictaminadores expertos la calidad de la misma, pasando muchas veces años antes de lograr ver el fruto de sus esfuerzos. De igual manera, no podemos pensar que de la noche a la mañana el total de los investigadores comenzarán a publicar sus trabajos, sino más bien habría que ir pensando la forma en que éstos pudieran tener acceso a talleres de lectura y redacción enfocados a sus áreas de estudio para ir logrando consolidar, de manera eficaz e inteligible, sus líneas de investigación, a partir de las cuales se irá conformando un texto digno que logre despertar el interés y la aceptación del público lector al que quiere dirigirse. De esta manera, antes de pensar en ganar esta acelerada carrera académica que exige un mayor número de investigadores de tiempo completo, mayor número de publicaciones en revistas y libros, así como investigadores adscritos al Sistema Nacional de Investigadores (SNI), debemos plantearnos la necesidad de crear, en nuestros cuerpos académicos, en estudiantes y en los propios funcionarios universitarios, una profunda cultura de la lectura cotidiana tanto de periódicos como de obras de creación y divulgación humanística y científica, para dar paso a la obtención de un amplio bagaje cultural y lingüístico que pueda reflejarse en sus publicaciones, creando de esta manera un verdadero diálogo con sus lectores, un intercambio continuo e inteligente de ideas y teorías del conocimiento.

Como conclusión: si deseamos la consolidación, en un futuro inmediato, de un ámbito editorial universitario acorde con los requerimientos de calidad de una industria del libro cada día más competitiva y exigente, debemos empeñarnos, con todo rigor, en una mayor capacitación y capacidad de nuestros investigadores, estudiantes y personal editorial, en el conocimiento y uso de nuestra lengua, así como un mayor acercamiento al universo imaginario de la poesía y la novela donde tantas veces se juntan los polos, aparentemente opuestos, entre ciencia y poética, que nos permita ver con ojos y mente más abiertos la complejidad del mundo que nos tocó vivir.